

~CAPÍTULO 1~

El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable.

*Para los temerosos lo desconocido. Para los valientes
la oportunidad.*

Jamás había estado en aquel lugar. Era extraño. Todo era diferente. Parecía sacado de una novela antigua, pero a la vez, parecía tan real, tan tangible...

Me encontraba en mitad de un prado bastante seco. Aún había flores escondidas entre sus hermanas marchitas. Se veían laderas más verdes a unas cuantas millas y algún que otro árbol de gran copa. A lo lejos podía observar un poblado. Me recordaba a cuando estudiaba Historia en el instituto y hablábamos de la Edad Media y la Era Medieval. Pero había algo más grande que sobresalía por encima de aquel pueblecillo, que estaba en lo más alto. Un castillo de piedra, enorme, con sus torres, sus banderines, y lo que parecían ser hasta sus guardias. Miré al firmamento; ni una sola nube, pero el sol ya se estaba escondiendo y cientos de colores cubrían el cielo.

Decidí adentrarme en aquel pueblecillo, siempre me había gustado mucho todo lo relacionado con el mundo medieval, así que, ¿por qué no aprovechar la ocasión? Empecé a andar atravesando la extensa pradera. Fue entonces cuando me di cuenta que yo también formaba parte de aquella historia. Me miré y comprobé que iba vestida como una verdadera campesina. Llevaba un vestido color cereza del cual caía desde el talle una enagua blanca. La parte de arriba

era un corpiño no demasiado ajustado, que realzaba mis pechos. En la cabeza llevaba un pañuelo para recoger el pelo. Y, para mi sorpresa, iba descalza. Caminar así era más incómodo de lo que parecía.

Mientras avanzaba iba observándolo todo a mi alrededor. No había gran cosa, solo kilómetros y kilómetros de prado medio seco. Hubiese querido encontrarme con algún animal para hacer más interesante el viaje, pero no tuve esa suerte, por lo que di rienda suelta a mi imaginación.

Desde pequeña he sido muy fantástica y una *romanticona* nata, por lo que la mayoría de veces lo que mi cabecita imaginaba eran cosas fantásticas, que solo ocurrían en los cuentos de hadas, pero aun así, disfrutaba de cada fantasía como si fuera real.

Mientras caminaba por aquel prado amarronado, el sol se iba poniendo cada vez más. La oscuridad iba ganando terreno a los últimos rayos de luz. Una sombra apareció a lo lejos. Poco a poco, aquella sombra borrosa fue aclarándose y, cuánto más cerca estaba, más segura estaba de lo que era: un caballero a lomos de su noble corcel blanco. Galopando sin cesar, se acercaba cada vez más, hasta que, tras un tierno 'sooo' del caballero acompañado de un suave tirón de las riendas, se paró ante mí. Bajó de su montura y tras una pequeña reverencia en señal de saludo, se acercó hasta mí, tomó mi mano, la besó con dulzura y dijo:

—Oh, bella dama, ¿cómo vos caminando por aquí tan sola?

—¿Bella dama? —dije sonrojada—. Un caballero como vos no debería llamar dama a una pobre campesina.

Era un joven muy apuesto, de dorados cabellos y ojos como el cielo.

—Pobre no lo sé, campesina tal vez, pero déjeme decirle que no hay mujer más hermosa que vos en todo el reino —dijo el caballero, seguro de sí mismo, manteniendo un porte muy erecto.

—Si no es inmiscuirme mucho, ¿cómo sabéis que soy la más hermosa de todas? ¿Acaso conocéis a todas las mujeres del reino? —pregunté, curiosa.

—Sí. Mi madre hizo llamar a toda mujer soltera del reino para que yo eligiera cuál de ellas sería mi prometida —dijo con desprecio, cual adolescente cansado de las normas de sus padres.

—Pero eso es cosa de príncipes, ¿sois príncipe?

—Bueno, mi madre es reina —sonrió él, pícaro.

—Perdón —dije avergonzada mientras me arrodillaba—. Qué falta de respeto, lo siento muchísimo, Majestad.

—Señorita —me dijo él, mientras agachado al lado mía me recogía la barbilla entre sus dedos y sus ojos impactaban contra los míos en señal de plena sinceridad—, he salido del castillo porque no podía aguantar a tanta dama mentirosa y retorcida que solo quiere casarse conmigo por mi título y no por cómo soy y, de repente, me encuentro con la única mujer del reino que no está en el castillo, la única que en mucho tiempo me ha hecho reír y la única que con solo mirarla ya me ha robado el corazón.

Una ligera brisa me devolvió a la realidad, o lo que quisiera que fuera aquello. Cada día me asombraba más mi imaginación, se iba volviendo cada vez más fantástica. ¿Príncipes que venían galopando con sus caballos y que se enamoraban de ti con tan solo mirarte? Demasiado fantástico.

Ya llevaba caminando un rato y parecía que nunca llegaría a aquel pueblecillo. Lo único nuevo del camino es que estaba llegando a lo que parecía ser la entrada a una senda recogida por unos grandes árboles a los lados. De repente, una enorme sombra me cubrió por un instante y poco después desapareció. El corazón se me encogió del susto, pues tras aquella sombra se escuchó el gañido de un águila. «Menos mal, algo conocido», pensé. Aunque aquella sombra era demasiado grande para ser la de un águila.

Mi corazón ya estaba a mil por hora y mis sentidos alerta ante cualquier cosa extraña. Empecé a oír voces... eran personas, eso me alegró; por fin alguien podría explicarme dónde estaba. Rápidamente la ilusión de aquel pensamiento se desvaneció al comprender que les oía hablar, pero no sabía en qué idioma. Parecía latín, pero no estaba

segura. Por miedo me escondí tras el primer árbol que encontré, su tronco era lo suficiente ancho como para esconderme.

No entendía ni una sola palabra de lo que decían, pero parecía que estaban gritando, se oía como un alboroto. Se estaban peleando. Con sigilo me asomé como pude para ver lo que ocurría, las sombras del anochecer me ayudaron a camuflarme mejor, aunque también me dificultaban algo la visión. Mi asombro culminó cuando vi a aquellos dos individuos pelearse sin tocarse. Hacían movimientos con las manos y acto seguido el otro volaba por los aires chocando contra los troncos de los árboles. Uno vestía como un campesino, aunque con ropas un poco zarrapastrosas, y descalzo como yo. Su rostro expresaba un dolor pasado tras aquellos ojos brillantes, pero a la vez fuerza, dureza y sed de venganza. El otro hombre iba bien vestido, con traje de caballero y una túnica que le llegaba a los pies, calzados con unos buenos zapatos, y con la cabeza cubierta, por lo que no pude verle el rostro. «Al final va a ser cierto eso de que existen los caballeros», pensé divertida, a pesar de la situación. El campesino yacía en el suelo y el caballero parece que se burló de él, a lo que el campesino, con sus últimas fuerzas impulsadas por la rabia, se levantó, tras lo cual volvió a hacer movimientos con las manos. El caballero se llevó las manos a la cabeza. No sé qué le estaría haciendo, pero su cara representaba tanto sufrimiento y sus gritos tanto dolor, que tuve que apartar la mirada por un instante. Al poco los gritos cesaron. El caballero había muerto. El campesino arrastró el cuerpo y lo escondió entre los primeros árboles de la senda. Silbó algo parecido a una pequeña melodía y seguidamente se volvió a escuchar el gañido del águila. Ya era prácticamente de noche y la visión era casi nula, pero el animal, que aterrizó al comienzo de la senda, era tan grande que fui incapaz de verlo de un solo vistazo. Debido a la oscuridad, solo pude apreciar un gran pico, unas enormes alas y una larga cola descansando sobre el suelo. Cuando me quise fijar en algún detalle más, salió volando y se perdió entre la noche y el cielo estrellado. Entonces las vi. Dos lunas. Una luna pequeña y al lado, aún terminando de salir, otra luna cuatro veces más grande, en medio de

ese mar de estrellas. Era hermoso. Por un momento, me olvidé de todo lo que acababa de pasar, y sin saber cómo, esas lunas tenían una magia especial que me hicieron sentirme bien y no tener miedo.

Intenté ver cómo continuar mi camino. Si podía pasar la noche en aquel bello pueblo lo prefería, pero la suerte no estaba de mi parte, casi no podía ver mis propios pies. La espesura de los árboles era muy grande, así que decidí acurrucarme y echar una cabezadita; esperaba poder dormir, ya que el frescor de la noche se iba haciendo cada vez más intenso.

Un escalofrío. El frescor mañanero entraba por la ventana. El calor veraniego poco a poco se iba yendo y el frescor típico de septiembre ya acechaba con cautela. Estaba echada un ovillo dentro de la cama, tapada hasta las orejas y abrazada a la almohada, que aún conservaba el calor de toda la noche. Unos pasos resonaron en el pasillo. Era mi madre que, al verme así, vino a cerrar la ventana.

—Buenos días, Laia.

—Buenos días, mamá —le dije, con una gran sonrisa.

—Anda, ve levantándote, que tu padre te ha hecho el desayuno y luego vamos a ir a ver a tu abuela.

—Mmm... —olfateé el olor a tostadas recién hechas que llegaba desde la cocina—. Enseguida voy, mamá.

Bajé y ahí estaba mi desayuno, ese gran desayuno que me hacía mi padre todos los sábados. Un vaso hasta arriba de zumo de naranja recién exprimido, un tazón de leche y dos tostadas bien calentitas con mantequilla y mermelada. Delicioso. Mi padre era un buen hombre y tenía detalles como estos, que me hacían quererle un poco más cada día, aunque de vez en cuando se vaya un poco por las ramas. Volví a mi cuarto a arreglar la habitación. Estaba haciendo la cama cuando lo recordé. Recordé qué había soñado esa noche. Era extraño, pues no parecía un sueño, sino más bien algo real. Recordaba el hermoso paisaje, mi historia imaginaria con el príncipe, la pelea, el caballero,